



Borís Pasternak

Relatos



La obra narrativa de Borís Pasternak se caracteriza por la delicada interpretación filosófica de los problemas de la vida y de la muerte, la integridad espiritual del individuo, el amor, la íntima unidad con la naturaleza y la creación poética. Sus descripciones de las emociones y estados de ánimo de los personajes resultan siempre inolvidables, y el autor suele comunicarlas de manera indirecta, a través de los fenómenos naturales del campo ruso –la lluvia, la tormenta, la nieve–. Todo ello confluye en una obra narrativa de una originalidad y riqueza que emocionan casi tanto como deslumbran.

Los cuatro *Relatos* que componen este libro son bellísimos esfuerzos por descubrir el significado de la vida a partir de la conciencia. Todos son magistrales, pero uno de ellos, *La infancia de Zhennia Liubers* –una muchacha que empieza a mirar el mundo desde los ojos intactos de la primera adolescencia–, tiene ya la consideración de clásico contemporáneo.

RELATOS

Incluye los relatos:

La infancia de Zhennia Liubers

Un relato

La raya de Apeles

Vías aéreas

La infancia de Zhennia Liubers

Días largos

I

Zhenia Liubers nació y se crió en Perm. Sus recuerdos más tardíos, igual que los de antes, cuando eran de muñecas y barquitos, se perdían en las afelpadas pieles de oso que tanto abundaban en las casas. Su padre, gerente de las minas de Lúniev, contaba con numerosos clientes entre los fabricantes de Chúsovo.

Las pieles regaladas eran de color marrón oscuro, casi negras y muy suntuosas. La osa blanca de la habitación de los niños parecía un crisantemo enorme de hojas caídas: la habían adquirido para la «habitación de Zheñechka»; fue elegida, regateada en el almacén y enviada a la casa por un recadero.

Durante los veranos vivían en una finca, en la orilla opuesta del Kama. En aquellos años acostaban a Zhenia muy temprano. No podía ver las luces de Motovílija. Pero un día el gato de Angora, asustado por algo, se movió bruscamente durante el sueño y despertó a Zhenia. Vio entonces a los mayores en el balcón. El aliso que pendía sobre los travesaños era tan espeso y tornasolado como la

tinta. El té de los vasos se veía rojizo, los puños y las cartas amarillas, el paño verde. Parecía una pesadilla, pero la pesadilla tenía un nombre y Zhenia también lo conocía: jugaban a las cartas.

Pero no podía comprender lo que ocurría en la otra orilla, lejos, muy lejos; aquello no tenía nombre, ni color definido, ni contornos exactos. Aunque inquietaba, resultaba familiar, entrañable, no era una pesadilla como aquello que se movía y murmuraba entre vaharadas de humo de tabaco, despidiendo sombras ondulantes, frescas, sobre las ocre vigas del balcón. Zhenia se echó a llorar. Entró el padre y le explicó. La institutriz inglesa se volvió hacia la pared. La explicación del padre fue corta.

—¡Si es Motovílija! ¡Qué vergüenza! ¡Una niña tan grande!... Duerme.

La niña no comprendió nada, pero satisfecha, sorbió una lágrima que resbalaba por su mejilla. Sólo necesitaba aquello, conocer el nombre de lo desconocido, ¡Motovílija! Aquella noche eso lo explicó todo porque aquel nombre tenía un significado total, infantilmente tranquilizador.

A la mañana siguiente, sin embargo, empezó a hacer preguntas sobre Motovílija y lo que hacían allí por la noche; supo que Motovílija era una fábrica, una fábrica del Estado y que en ella hacían hierro, y que del hierro..., pero eso ya no le importaba; quería saber si aquello que llamaban «fábricas» no eran unos países especiales y quiénes eran los que vivían allí, pero no hizo esas preguntas, se las guardó intencionadamente para sí.

Aquella mañana salió de su primera infancia en la cual había permanecido aún por la noche. Por primera vez en su vida sospechó que había algo que convenía esconder para uno mismo y de revelarlo a alguien, hacerlo tan sólo a personas que sabían gritar y castigar, que fumaban y cerraban las puertas con pestillo. Por primera vez, como aquella nueva Motovílija, no dijo todo lo que había pensado, reservándose lo más esencial, concreto e inquietante.

Los años iban pasando. Los niños se habían acostumbrado tanto a las ausencias del padre desde su nacimiento que un aspecto esencial de la paternidad era para ellos almorzar con él de vez en cuando y no verle jamás durante la cena. Eran cada vez más y más frecuentes las partidas de cartas, las discusiones; comían y bebían en habitaciones completamente vacías, solemnemente deshabitadas, y las frías lecciones de la inglesa no podían sustituir la presencia de la madre que llenaba la casa con la grata pesadumbre de su irascibilidad y obstinación, como una especie de entrañable fluido eléctrico. A través de las cortinas se filtraba el apacible, pero no jubiloso, día norteco. El aparador de roble parecía blanquecino, la plata se amontonaba pesada y grave. Por encima del mantel se movían las manos de la inglesa, perfumadas de lavanda; repartía las viandas por igual y poseía una inagotable reserva de paciencia; el sentimiento de equidad le era inherente en el mismo elevado grado en el cual su habitación y sus libros estaban siempre limpios y ordenados. La doncella, al servir la comida, se quedaba en el comedor y se iba a la cocina sólo en busca del plato siguiente. Todo era confortable y cómodo, pero terriblemente triste.

Y como aquellos años eran para la niña de suspicacia y soledad, sentimiento de pecado y de aquello que me gustaría denominar «cristianismo» en francés, por la imposibilidad de calificarlo de «cristiandad», le parecía a veces que no podía existir nada mejor, no debía existir, que lo tenía todo merecido por su depravación y falta de arrepentimiento. Sin embargo –eso jamás llega a la conciencia de los niños–, era al revés. Su ser entero divagaba estremecido, incapaz de comprender la actitud de sus padres frente a ellos cuando estaban en la casa, cuando ellos no es que volvieran a la casa, sino que entraban en ella.

Las raras bromas del padre eran, en general, poco afortunadas y siempre inoportunas. Él se daba cuenta y sentía que los niños lo comprendían. Un matiz de melancolía

cólica confusión jamás abandonaba su rostro. Cuando el padre se irritaba, se convertía en un ser ajeno a ellos, decididamente extraño en el momento justo que perdía el dominio de sí mismo. No les conmovía ese ser extraño. Los niños jamás se insolentaban con él.

Pero a partir de un cierto tiempo la crítica que procedía de la habitación de los niños, y que sin hablar se leía en sus miradas, le dejaba indiferente. No la notaba. Invulnerable a todo, desconocido y lastimoso, ese padre causaba miedo en oposición al padre irritado, el extraño, el ajeno. Era más severo con la niña que con el hijo.

Ninguno de ellos comprendía a la madre: les colmaba de caricias, de regalos, pasaba en su compañía horas enteras cuando ellos menos lo deseaban, cuando eso pesaba en sus conciencias como inmerecido y no se reconocían en aquellos cariñosos epítetos que brotaban de su disparatado instinto maternal.

A veces, cuando una excepcional serenidad, clara, insólita, se adueñaba de su espíritu y cuando no se sentían culpables y se alejaba de su conciencia todo lo misterioso que tanto temía ser descubierto, parecido a la fiebre que precede a la erupción, veían a su madre como ajena a ellos, como si los evitara y se enfadara sin motivo. Venía el cartero. La carta iba destinada a la madre. La recogía sin dar las gracias. «Ve a tu cuarto». Golpeaba la puerta. Con la cabeza gacha, silenciosos, aburridos, se sumían en una larga y triste perplejidad.

Al principio, lloraban; luego empezaron a tener miedo después de un enfado particularmente violento; más tarde, con el transcurrir de los años, acabaron por sentir una hostilidad oculta, cada vez más arraigada.

Todo cuanto les venía de los padres era a destiempo, de rebote, no estaba provocado por ellos, sino por causas ajenas y sabía a lejanía y a misterio, como los gemidos nocturnos en los puestos de vigilancia cuando todos se van a dormir.

En ese ambiente se educaron los niños. No eran conscientes de ello, ya que son pocos los adultos que saben y entienden aquello que les sustenta, ajusta y conforma. La vida inicia a muy pocos en lo que hace con ellos. Le gusta demasiado su labor y durante su trabajo habla tan sólo con aquellos que le desean éxito y admiran su quehacer. Nadie puede ayudarle, pero estorbarle pueden todos. ¿De qué modo? Pues del siguiente. Si se confía a un árbol el cuidado de su propio crecimiento todo él se llenará de ramas, o se convertirá en raíz, o gastará su fuerza entera en una sola hoja porque se olvidará del universo, del cual debe tomar ejemplo, y al producir uno entre mil seguirá produciendo en miles siempre lo mismo.

Y para que no haya nudos en el alma, para que el crecimiento no se detenga, para que el ser humano no se entrometa torpemente en la hechura de su esencia inmortal fueron instituidas muchas cosas que distraen su banal curiosidad por conocer la vida, que no quiere que vea su trabajo y lo evita valiéndose de todos los medios. Con tal fin se crearon todas las religiones auténticas, todos los conceptos generales y todos los prejuicios humanos, y el más destacado entre ellos, el que más le distrae, la psicología.

Los niños habían salido ya de su primera infancia. Los conceptos de castigo, regalo, recompensa y justicia habían penetrado en su alma de modo infantil y distraían su atención, dejando que la vida hiciese con ellos aquello que consideraba preciso, importante y bello.

II

Miss Hawthorn no lo habría hecho. En uno de sus inmotivados accesos de ternura por sus hijos, la señora Liubers zahirió por motivos fútiles a la inglesa, y ella desapareció de la casa. Muy pronto, y casi sin que ellos se diesen

cuenta, apareció en su lugar una francesa enclenque. Más tarde, Zhenia sólo recordaba que la francesa se parecía a una mosca y que nadie la quería. Su nombre se había perdido por completo y Zhenia era incapaz de recordar entre qué sílabas y sonidos podía encontrarse. Recordaba únicamente que la francesa la había reñido primero y luego cogió unas tijeras y recortó con ellas los pelos de la osa que estaban manchados de sangre. Le parecía que desde ahora todos le gritarían, que jamás se le quitaría el dolor de cabeza y que ya nunca más comprendería aquella página de su libro predilecto que se embarullaba ante sus ojos como un manual después del almuerzo.

Aquel día se le hizo terriblemente largo. Su madre no estaba en casa y Zhenia no lo lamentaba. Le parecía, incluso, que se alegraba de que no estuviese.

Poco tiempo después, aquel día tan largo fue olvidado entre las formas de «passé» y «futur antérieur», riego de los jacintos y paseos por las calles de Sibírskaja y Oján-skaia. Lo había olvidado a tal punto que la largura de otro, el segundo en la cuenta de su vida, lo notó y percibió sólo al anochecer, cuando leía a la luz de la lámpara y el relato, en su indolente avance, le sugirió centenares de reflexiones ociosas. Cuando recordaba más tarde la casa de la calle Ossínskaia en la que vivían entonces, la veía siempre tal y como la viera en aquel segundo día largo, cuando ya estaba a punto de finalizar. Fue un día realmente largo. Era primavera. En los Urales la primavera madura dificultosamente, parece estar enferma, pero luego irrumpe tempestuosa y amplia. Las luces de las lámparas matizaban la vaciedad del aire vespertino. No daban luz, se inflaban por dentro como frutos enfermos de hidropesía turbia y clara que hinchaba las panzudas pantallas. Era como si estuviesen ausentes. Se hallaban en los lugares precisos, encima de las mesas, descendían de los techos escayolados en las habitaciones donde la niña estaba acostumbrada a verlas. Diríase, sin embargo, que las lámparas tenían mucha me-

nos relación con las habitaciones que con el cielo primaveral al que se encontraban tan próximas como la bebida de la cama del enfermo. Su alma estaba en la calle donde sobre la tierra húmeda pululaba el parloteo de la servidumbre y se inmovilizaba por el frío nocturno la cada vez más escasa agua del deshielo. Era allí donde se perdía la luz de las lámparas por las tardes. Los padres estaban de viaje, pero a la madre, al parecer, se la esperaba aquel día. Ese día tan largo o en los próximos. Sí, probablemente. O tal vez se presentaría de pronto. Tal vez haría eso.

Zhenia se preparaba para acostarse, pero vio que el día era largo por la misma razón que aquel otro; pensó primero en usar las tijeras y cortar esos lugares en la camisa y la sábana, pero decidió luego que sería mejor usar los polvos de la francesa y ocultar así las manchas con lo blanco; tenía la polvera en las manos cuando ésta entró y la golpeó. Todo el pecado quedó concentrado en los polvos.

—¡Se pone polvos! ¡Sólo eso faltaba!

Ahora al fin había comprendido. Lo sospechaba hace tiempo.

Zhenia se echó a llorar por los golpes, los gritos y la ofensa, por sentirse inocente de aquello que sospechaba la francesa; sabía que era culpable de algo —ella lo sentía— mucho peor que aquellas sospechas. Era preciso —lo sentía con todas las fibras, hasta el embotamiento, lo sentía en sus piernas y sienes— ocultar eso como fuera, a toda costa. Le dolían las articulaciones, no le parecían suyas en su hipnótica sugestión. La agobiante y angustiada sugestión era obra del organismo que ocultaba a la niña el sentido de todo y, comportándose como un criminal, la obligaba a suponer un mal vil y nauseabundo en aquella pérdida de sangre. «¡Menteuse!»^[1]. No tenía más remedio que negar, defenderse obstinadamente de lo que era peor de todo, de lo que estaba entre el bochorno del analfabetismo y la vergüenza de un suceso callejero. Ha-

bía que temblar, apretando los dientes y, ahogándose en lágrimas, pegarse a la pared. No podía lanzarse al Kama porque aún hacía frío y los últimos hielos bajaban río abajo.

Ni ella ni la francesa oyeron en su momento el timbre. El jaleo armado fue absorbido por la densidad de las oscuras pieles y cuando entró la madre ya era tarde. Encontró a su hija bañada en lágrimas y a la francesa arrebolada. Exigió explicaciones. La francesa le declaró sin rodeos que Zhenia, no dijo Zhenia, sino «votre enfant», su *hija* se ponía polvos y que ella ya se había dado cuenta antes, lo sospechaba. La madre no la dejó proseguir, su error no era fingido, la niña no había cumplido aún los trece años.

–Zhenia... ¿Tú?... ¡Dios mío, a lo que hemos llegado! (a la madre le parecía en aquel momento que esa palabra tenía sentido, como si ya supiera antes que la niña se degradaba y corrompía, que ella no había tomado a tiempo las medidas oportunas y por eso la encontraba en un escalón tan bajo de la caída). Zhenia, ¡di toda la verdad, si no será peor! ¿Qué hacías con...? –probablemente la señora Liubers quería decir la polvera, pero dijo «con esa cosa» y sujetando la «cosa» en la mano, la agitó en el aire.

–Mamá, no creas a Mademoiselle, yo nunca... –y prorrumpió en sollozos.

Pero la madre percibía en ese llanto entonaciones málévolas que no existían en él; sentíase culpable y, en su fuero interno, horrorizada de sí misma; en su opinión había que tomar medidas, era preciso, aunque fuera en contra de su naturaleza maternal, «alzarse hasta racionales medidas pedagógicas». Decidió no dejarse llevar por la compasión, esperar a que pasara ese torrente de lágrimas que tanto la atormentaban.

Se sentó en la cama, fijando una mirada serena y vacía en un extremo del estante de libros. Olía a perfume caro. Cuando la niña se recobró volvió a su interrogatorio. Zhe-

nia dirigió la mirada de sus ojos llorosos hacia la ventana y sollozó. El hielo bajaba ruidosamente por el río; brillaba una estrella. La noche, desierta, de áspera negrura, sin reflejos, era fría y hueca. Zhenia apartó la vista de la ventana. En la voz de la madre sonaban la impaciencia y la amenaza. La francesa de pie junto a la pared, era toda seriedad y pedagogía concentrada. Con el gesto de un ayudante de campo su mano descansaba en el cordón del reloj. Zhenia volvió a mirar las estrellas y el Kama. Se había decidido. A pesar del frío y de los hielos. Y se lanzó. Embrollándose en las palabras, aterrorizada, contó a su madre eso, de forma inconexa. La madre la dejó hablar hasta el fin porque estaba sorprendida de la emoción que había puesto la niña en su relato. En cuanto a comprender, lo había comprendido todo desde la primera palabra. Incluso antes, por la profunda aspiración que hizo Zhenia cuando empezó a hablar. La madre escuchaba palpitante de gozo, llena de amor y ternura por aquel frágil cuerpecito. Sentía deseos de abrazarla y llorar. Pero, ¡la pedagogía! Se levantó de la cama y levantó la manta. Llamó a la niña y empezó a acariciarle la cabeza muy, muy despacio, con ternura.

—Buena ni... —esas palabras se le escaparon rápidamente. Se acercó a la ventana con amplio y ruidoso ademán apartándose de ellas.

Zhenia no veía a la francesa. Las lágrimas y la madre llenaban toda la habitación.

—¿Quién hace la cama?

La pregunta no tenía sentido. La niña se estremeció. Sintió lástima de Grusha. Luego se dijo algo en el para ella familiar idioma francés: algo muy severo. Y luego, dirigiéndose de nuevo a ella, pero con entonación completamente distinta, la madre dijo:

—Zheñechka, ve al comedor, nenita; yo iré en seguida y te hablaré de la maravillosa finca que hemos alquilado papá y yo para vosotros..., para nosotros este verano.

Las lámparas volvían a ser suyas, como en invierno, estaba con los Liubers, cariñosos, serviciales, abnegados; la piel de marta de mamá retozaba sobre un mantel de lana azul. «Causa ganada. Parada en Blagodat, espérame finales Semana Santa si...», el resto no podía leerse por estar doblado el telegrama en una esquina. Zhenia tomó asiento en un borde del diván, feliz y cansada. Se sentó con aire modesto y correcto, exactamente igual a como medio año después tomó asiento en el pasillo del liceo de Ekaterinburg en un extremo del largo banco amarillo cuando después de recibir un sobresaliente en el examen oral de lengua rusa supo que «podía irse».

A la mañana siguiente, la madre le explicó lo que debía hacer en casos semejantes; le dijo que no tenía importancia, que no debía tener miedo, que eso se repetiría y más de una vez. No le dio ningún nombre y nada le explicó, pero añadió que a partir de ahora ella misma le daría las clases porque ya no volvería a marcharse.

La francesa fue despedida por negligencia, sólo estuvo unos meses en la casa. Cuando vino a buscarla el coche y descendía por la escalera, tropezó en el descansillo con el doctor que subía. Él respondió a su saludo con gesto desabrido y nada le dijo como despedida; ella comprendió que él ya lo sabía todo, frunció el ceño y se encogió de hombros.

En la puerta estaba la doncella, esperando que pasara el doctor y, por ello, en el pasillo donde se hallaba Zhenia, el ruido de los pasos y su eco sobre las piedras del empedrado perduró más tiempo de lo habitual.

Y así quedó grabado en su mente la historia de su primera madurez juvenil: la plena resonancia de la gorgojeante calle matinal que, deteniéndose en la escalera, envolvió con su tibieza la casa; la francesa, la doncella y el doctor, dos delincuentes y un iniciado, purificados y lavados por la luz, el frescor y la sonoridad de la marcha. El mes de abril era soleado y tibio. «¡Los pies, secaos los

pies!», resonaba de una esquina a otra del largo y claro pasillo desnudo.

Las pieles se guardaban en verano. Las habitaciones lucían limpias, distintas, aliviadas; respiraban dulcemente. El día entero de tan tardío anochecer, tan largamente impuesto en todas las esquinas, en el centro de las habitaciones, en los cristales adosados a las paredes, en los espejos, en las copas con agua y en el aire azulado del jardín, jugueteaba insaciable, infatigable, frenético, riente, el cerezo silvestre y la madreselva se agitaba jubilosa como si se atragantara. A lo largo del día y la noche se oía el tedioso parloteo de los patios; declaraban depuesta la noche y repetían machacones, con voces fraccionadas y entrecortadas que las noches jamás volverían y que ellos no dejarían dormir a nadie.

«¡Los pies, los pies!» Pero ellos tenían prisa, volvían borrachos de libertad, les zumbaban los oídos y no podían comprender claramente cuanto les decían; se apresuraban a beber, a comer lo más deprisa posible para apartar las sillas con chirriante ruido y volver de nuevo al día no terminado aún, que se quebraba en la cena, donde el árbol al secarse emitía su breve crujido, donde el azul del cielo gorjeaba estridente y relucía grasienta la tierra como manteca fundida. Había desaparecido la frontera entre la casa y el patio. La bayeta no alcanzaba a borrar las huellas de las pisadas. Los suelos se cubrían con un enlucido seco y claro que crujía bajo los pies.

El padre había traído un montón de golosinas y de maravillas. El ambiente en la casa era maravilloso. Las piedras advertían con húmedos susurros su aparición de entre el papel de fumar que se iba coloreando paulatinamente, haciéndose cada vez más y más transparente, a medida que capa a capa se desenvolvían aquellos paquetes blancos y suaves como la gasa. Unas se parecían a gotas de leche de almendras, otras a salpicaduras de acuarela azul, las terceras a una lágrima solidificada de queso. Algunas

piedras eran ciegas, somnolientas o soñadoras, otras tenían chiribitas juguetonas como el zumo congelado de las naranjas chinas. No apetecía tocarlas. Eran bellas sobre el fondo del espumoso papel que las destacaba igual que destaca la ciruela su opaco brillo.

El padre estaba muy cariñoso con sus hijos y con frecuencia acompañaba a la madre a la ciudad. Regresaban juntos y parecían contentos. Y, sobre todo, tenían el ánimo tranquilo, eran afables y constantes, y cuando la madre, a hurtadillas, lanzaba miradas de alegre reproche al padre, diríase que extraía esa paz de sus ojos pequeños y no bellos y la expandía después con los suyos grandes y hermosos sobre sus hijos y todo cuanto les rodeaba.

Un día los padres se levantaron muy tarde. Luego, no se sabe por qué, decidieron almorzar en un barco anclado en un puerto y llevaron consigo a los niños. A Seriozha le dieron a probar cerveza fría. Les gustó tanto todo ello que otro día volvieron al barco. Los niños no reconocían a sus padres. ¿Qué les había pasado?

Zhenia, perpleja, rebosaba de felicidad y le parecía que ahora siempre sería así. No se pusieron tristes al saber que aquel verano no les llevarían al campo. El padre partió poco después. Aparecieron en la casa tres baúles enormes, amarillos, con sólidos herrajes.



El tren salía de noche. El padre, que se había trasladado un mes antes, escribía que la casa ya estaba dispuesta. Algunos coches bajaban al trote hacia la estación; su proximidad se notaba en el color del pavimento. Estaba negro y la luz de las farolas de la calle golpeó de pronto ocreos hierros. En aquel momento, desde el viaducto, se abrió ante sus ojos el panorama del río y debajo de ellos